

“Construyamos un nuevo régimen político”, Memoria, México, N° 251, abril-septiembre 2011

Octavio Rodríguez Araujo

Si fuéramos capaces de unirnos, qué hermoso y qué cercano sería el futuro
Frase atribuida al Che Guevara.

Lo que ha estado en juego, en 1988, en 2006 y ahora, es un régimen político distinto al que se consolidó con Salinas de Gortari y que se ha mantenido hasta ahora con independencia del partido gobernante.

El viejo régimen estatista, populista y autoritario fue sustituido por otro de corte tecnocrático, neoliberal y, aunque formalmente más democrático que el anterior, también autoritario en el sentido de ignorar a la opinión pública mayoritaria en la toma de decisiones gubernamentales.

La nueva orientación del régimen político comenzó a discutirse en la esfera gubernamental durante el gobierno de López Portillo (1976-1982). Las políticas económica y social que habían caracterizado al viejo régimen, demagogia aparte de sus gobiernos, fueron debilitadas poco a poco por los tecnócratas de las secretarías de Hacienda y de Programación y Presupuesto y por las presiones de Estados Unidos y de la mancuerna Fondo Monetario Internacional-Banco Mundial. Este proceso de cambios fue posible en México gracias a dos fenómenos más o menos coincidentes en el tiempo:

- 1) la crisis económica, que ha sufrido altibajos desde mediados de los años setenta del siglo pasado y que, según el FMI, todavía no se recupera, ha traído repercusiones importantes en la sociedad,
- 2) la invasión ideológica del nuevo liberalismo acompañada de la puesta en escena de la transición democrática (el “disfraz transicionista”, como le llamara Muñoz Ledo) sin cuestionar su carácter elitista ni su manipulación desde el poder político y económico del país.

Entre las repercusiones en la sociedad, quisiera resaltar una poco estudiada pero que ha sido, a mi juicio, importante: la individualización del cuerpo social. La expresión “sálvese

quien pueda” propia de los naufragios, se ha impuesto en las sociedades de la crisis, disminuyendo considerablemente las probabilidades de cohesión social, de sentido de gremio o de grupo o clase social, y de solidaridad. El creciente individualismo, producto de la crisis, de la ideología correspondiente y de un mundo de futuro incierto, ha hecho que el hombre pierda, como decía Christopher Lasch, el sentido de su continuidad histórica con el pasado y la esperanza de ver a sus hijos mantener la lucha de sus antepasados por una existencia digna. De esta percepción, grandemente generalizada, el ser humano limita su horizonte a su propia existencia individual. El neoliberalismo se ha aprovechado de este fenómeno y ha encontrado en estos efectos de la crisis un campo fértil para imponerse con su lógica de competitividad, alto rendimiento, eficiencia en la producción (de lo que sea, incluso de la educación) e inestabilidad, y con esto ha acentuado la individualización producto de los factores subjetivos de la crisis y del futuro del ser humano y del planeta en su conjunto. Esta individualización, entonces, no puede ser sino un elemento en contra de formas organizativas que contemplan no sólo la democracia horizontal (que nadie domine sobre los demás) en el ámbito de la sociedad sino también de las formas organizativas de amplia participación para contrarrestar y en su caso modificar substancialmente las políticas del poder.

Cuando una sociedad carece de organizaciones fuertes y combativas, de dirección política y de claros objetivos a alcanzar, sólo un líder puede encauzarla y convertirla en protagonista de la historia. En 1987 comenzó a perfilarse ese líder, Cuauhtémoc Cárdenas y su Frente Democrático Nacional. Él y sus compañeros, contrarios a las políticas neoliberales del gobierno que estaba por terminar, trataron de influir en su partido, el PRI, y al no tener éxito se separaron de éste para competir en la elección presidencial de 1988. No los dejaron llegar, les hicieron mil trampas y los defensores del nuevo régimen político, tecnocrático y neoliberal, impusieron al que garantizaba más que otros su consolidación y adecuación a “los tiempos” dominantes: Salinas de Gortari.

El nuevo presidente se dedicó, en buena medida y con encono, a atacar al partido surgido del Frente Democrático Nacional, el PRD. Aun así el Partido de la Revolución Democrática dio la batalla para mantenerse y desarrollarse, no sin problemas internos derivados de sus corrientes (llamadas *tribus* por los medios) que no entendieron que por encima de sus intereses grupales estaban los del partido y su necesaria consolidación. Más

adelante, en 1996, ya con Zedillo en la presidencia de la República, destacó otro líder: Andrés Manuel López Obrador, presidente del PRD hasta 1999. Durante su dirección los perredistas ganaron por elección el primer gobierno del Distrito Federal, con Cuauhtémoc Cárdenas como candidato. Ese mismo año de 1997 la cámara de diputados no fue dominada por el Revolucionario Institucional y el PRD creció considerablemente. En 2000 el DF fue ganado nuevamente por este partido y el jefe de gobierno sería López Obrador.

En la elección de 2006 a la presidencia de la república se puso en evidencia que el país no había tenido líderes semejantes a Cárdenas y López Obrador, cada uno en su momento. Tan fuerte resultó ser este último que el presidente Fox usó todo el peso del Estado y la complicidad de los principales grupos empresariales de México para evitar que un nuevo proyecto de régimen político pudiera anular al nuevo régimen consolidado por Salinas: el régimen tecnocrático neoliberal. A Andrés Manuel se le llamó “un peligro para México” y la historia de los actos del poder en su contra son de sobra conocidos.

Destaco los liderazgos de Cuauhtémoc y de Andrés Manuel, no por personalizar sino porque han sido los únicos, desde la presidencia de Lázaro Cárdenas, que han podido movilizar a amplios segmentos de la población sin los métodos coactivos usados en el pasado por el Congreso del Trabajo, la CTM u organizaciones similares. A ambos se les arrebató la presidencia de México con todas las trampas imaginables, a ambos se les atacó desde los gobiernos del neoliberalismo, a ambos se les critica su compromiso con la soberanía nacional y la defensa de sus riquezas, a ambos se les ha calificado de populistas y estatistas, como si estos fueran insultos y no posiciones políticas en favor de las causas populares. Su liderazgo, que ha trascendido a su partido, el PRD, y a sus aliados, ha sido la única argamasa política que ha unido a millones de mexicanos individualizados por las recurrentes crisis del país y por las políticas neoliberales de los gobiernos que las han impulsado y defendido a costa de lo que sea, incluso de la estabilidad de México.

Buena parte de la sociedad individualizada ha visto, primero en Cárdenas y sobre todo en López Obrador, una buena opción para organizarse y para demostrar al mundo que no todo México, a pesar de la influencia de los poderosos medios electrónicos, está a favor del modelo neoliberal y del régimen político en que se ha materializado desde que las derechas del nuevo PRI y de Acción Nacional han sido gobiernos.

Para estos partidos (PRI y PAN) la única alternancia viable en el gobierno es la de ellos, los adalides del neoliberalismo y los vasallos de los poderes fácticos tanto nacionales como estadounidenses. Su concesión máxima, cuestionada en los hechos por ellos mismos, ha sido la llamada transición democrática por la vía electoral. Y ha sido cuestionada por ellos mismos pues cuando han perdido han utilizado el peso del aparato estatal y la corrupción de jueces y funcionarios públicos, incluso de organismos estatales autónomos, para impedir que un nuevo régimen político, distinto al de ellos, pueda instaurarse en el país.

De aquí que se ponga tanto énfasis, desde el gobierno y sus publicistas en el ámbito intelectual, en la democracia sin adjetivos, es decir de la democracia formal (y electorera) y de las alternancias de partidos afines en el poder institucional. Esta democracia es, por definición, elitista, es decir sin la participación activa de las masas, por lo que se ha querido entender la transición democrática sólo en este sentido, es decir como alternancia de los miembros del mismo grupo, sean del PRI o sean del PAN. Lo grave del asunto es que incluso este concepto de democracia ha sido traicionado por quienes estaban llamados a defenderlo: los neoliberales en el poder. Y lo han traicionado al trucidar las elecciones de 1988 y 2006 para impedir que con sus propias reglas de juego llegaran al poder sus adversarios antineoliberales.

Lamentablemente muchas personas dentro o fuera de los partidos que se dicen de izquierda, incluso del PRD, no han querido entender que lo que está en juego los trasciende como personas y que los cargos a los que aspiran, como si de ellos dependiera su existencia como seres humanos, no son nada comparados con el significado de derrotar a los neoliberales, sean panistas o priístas, verdes o del Panal.

Nadie les pide que piensen igual que Cárdenas o López Obrador. Nadie les pide a estos grandes líderes que piensen lo mismo sobre lo que debe ser el país. Tampoco se les pide a los perredistas, petistas y convergentes. Pero si la individualización de la sociedad la llevan a extremos en ellos mismos, como tribus o como personas, lo único que lograrán es que tanto panistas como priístas sigan haciendo de las suyas y terminen por desbaratar el país para venderlo al mejor postor... por partes.

Ciertamente el PRD no es un partido de izquierda, clasista y defensor del socialismo. Es un partido de centro izquierda, pero tiene a su favor que, junto con otros de

menor tamaño, es el principal instituto político-electoral que se ha propuesto combatir las más relevantes políticas neoliberales que defienden por igual el PAN y el PRI con sus respectivos aliados. El proyecto de su ahora principal líder, Andrés Manuel López Obrador, es, aunque no lo diga así, reinstaurar un régimen estatista con ciertos rasgos populistas, es decir antineoliberal sin ser anticapitalista o, como se ha llamado antes, Estado de bienestar, y, al mismo tiempo, de búsqueda de la organización de la sociedad con la intención de trascender el carácter elitista y oligárquico del partido (en el sentido de Michels). ¿Será el Movimiento de Regeneración Nacional (Morena) la clave para trascender el carácter oligárquico de los partidos de centro-izquierda y también para organizar a la sociedad individualizada para que se aglutine en una lucha por transformar el país? No lo sé, pero no hay a la vista otra construcción organizativa semejante.

Lo que ha estado en juego, y no lo han querido entender muchos perredistas con vocación negociadora con el PRI o con el PAN, es un nuevo régimen político que retome los aspectos positivos del antiguo sin los rasgos autoritarios de aquél. El liderazgo que han tenido Cuauhtémoc y Andrés Manuel desde 1988 a la fecha, ha sido precisamente por sus firmes posiciones antineoliberales que millones de mexicanos han querido convertir en realidad como un mecanismo posible para mejorar su situación y no sólo sobrevivir. Sólo ellos han estado y pueden estar (si Cuauhtémoc también se compromete), en condiciones de organizar al pueblo mayoritario para revertir el proceso neoliberal. Si lo hicieran juntos tendrían más éxito. Bastaría que pospusieran sus diferencias —que posiblemente existan— para lograrlo. En mi análisis son más las semejanzas que comparten que sus diferencias. Nadie les pide que piensen igual en todo, sólo que se trasciendan a sí mismos en beneficio de la nación. El país los necesita.

Como estudioso de las izquierdas he llegado a la conclusión de que quienes las conforman carecen de la suficiente modestia para aceptar que la pluralidad de pensamiento es una realidad y una característica de los regímenes no totalitarios. Con esto quiero decir que no todos pensamos igual, pero algunas cosas nos unen más que otras. Hagamos de lo que nos une una bandera de lucha para derrotar la individualización social a que nos han llevado. Sólo la sociedad organizada y con dirección política puede vencer a sus adversarios que la oprimen aprovechándose de su individualización. Y con esto quiero defender a los partidos políticos pese a su desprestigio ganado, en unos casos (PRI, PAN y

aliados de ambos) por su defensa del neoliberalismo, y en otros (PRD, PR y Convergencia) por sus trapacerías y oportunismo de algunos de sus dirigentes.

Las voces que claman por la ciudadanización de la política y que prácticamente proponen la desaparición de los partidos políticos, “por inservibles”, y que también defienden las llamadas candidaturas “independientes” o “ciudadanas”, no se han querido dar cuenta de la individualización de la sociedad y de lo que esto significa en política. Quienes así piensan, y aquí incluyo a despistados como Javier Sicilia y otros anarquistas, quieren ver una sociedad que no existe salvo en su modelo ideal de exclusiva manufactura ideológica. ¿Independientes de qué? ¿De los partidos? Estos serían los menos. Los militantes de todos los partidos juntos, si acaso hubiera un padrón que los registrara puntualmente, no sumarían el diez por ciento de la población. Y los que no pertenecen a los partidos pero “están organizados” en asociaciones civiles y organismos no gubernamentales, puede ser que se puedan contar por millones, pero así como están (organizados en miles de esas asociaciones) no tienen ningún peso específico en la política que no sea como grupos de opinión. Pero además, parecen pasar por alto que los miembros de los partidos, tanto dirigentes como militantes de base, son ciudadanos, con similar calidad legal, moral y ética que quienes no militan en ninguna organización política. ¿O acaso se piensa que quienes no tienen militancia son arcángeles o querubines?

Se omite, asimismo, que la diferencia entre un ciudadano no militante en un partido y uno que sí lo es, es que el primero no se compromete con ninguna organización política (pero sí con otras), buena o mala, y el segundo sí. Está comprobado que quien milita en un partido tiene mayor compromiso y a veces mayor conciencia política que quien vive sólo para su trabajo, familia, cantina o televisión. El ciudadano común, no militante y sobre todo urbano es, además de mezquino, inmediatista y con alcances de miras muy limitados: su barrio, su comunidad, etcétera, que hace suyas sólo cuando carece de algo que en conjunto puede exigir (servicios, por ejemplo, o ayuda ante una catástrofe) pero que al mismo tiempo no se solidariza con las desgracias ajenas si él no las tiene, o sólo a partir de que las sufre en carne propia, sea por el asesinato de un hijo, por el asalto a su casa o por una grande injusticia que se cometa contra él o su familia.

Se apunta que los dirigentes de los partidos tienen intereses y que una vez *empoderados*, como está de moda decir, no quieren soltar su hueso. ¿Y quién no? ¿Acaso

se piensa que los ciudadanos comunes no militantes no tienen intereses ni se dejan comprar si la oferta es buena y atractiva? ¿De quiénes creen —los defensores de la ciudadanización— que se nutren las organizaciones no gubernamentales de todo tipo y de diversas orientaciones políticas? ¿Y qué decir de los sindicatos empresariales como la Coparmex, la Concamín, la Concanaco, el Consejo Coordinador Empresarial y cientos más? ¿No son ciudadanos sus asociados? Y sin embargo, sus opiniones y sus convocatorias pesan, con frecuencia más que las de quienes no son empresarios. ¿Y qué diríamos de los *provida*, de los católicos seculares fundamentalistas, de los enemigos del tabaco que digan lo que digan dan la nota en los periódicos, etcétera? Todos son ciudadanos, pero unos militan en partidos, otros en “causas nobles”, otros en movimientos “sociales” (como si hubiera otros), otros en grupos empresariales o en subcategorías como los Rotarios o los Caballeros de Colón, para no hablar de todos los religiosos sin hábito que militan en el Opus Dei o en los Legionarios de Cristo o en la Unión Nacional de Padres de Familia.

¿Se han puesto a pensar los defensores de las candidaturas independientes de qué están hablando? Piénsese en un ciudadano común, conocido por su esposa, sus tres hijos y algunos compañeros de su trabajo. ¿De quién sería candidato en caso de que así lo quisiera? En el mejor de los casos, de sus conocidos. Para que tuviera notoriedad tendría que ser parte de las elites o propuesto por un partido por sus nexos con éste. Por lo tanto, los candidatos ciudadanos y supuestamente independientes sólo podrían serlo si son notables, es decir miembros de las elites. Y una democracia donde sólo tienen oportunidad los notables, se denomina democracia de elites. Es más fácil que de un partido resulte como candidato un ciudadano común y corriente, incluso desconocido, que de una preselección realizada por las elites no partidarias. Las oligarquías no sólo se dan en los partidos, también en la sociedad no partidaria, ¿o es lo mismo un dirigente del Consejo Coordinador Empresarial o un ex secretario de Estado que un dirigente de barrio que vende merengues y gelatinas para sobrevivir?

Los famosos, positiva o negativamente —porque los hay de los dos tipos—, se deben a los medios que los publicitan. Si de entre los famosos van a surgir los candidatos independientes, pues ya sabemos a quién se lo tendrían que agradecer: al medio que los hizo famosos y, en este país (es bueno no olvidarlo) los más famosos son los que aparecen en la televisión. ¿Estamos dispuestos a dejar que la TV elija a los candidatos

independientes, además de los partidarios? Y, la pregunta obligada, ¿quiénes les harán la campaña y con qué recursos?

Y, finalmente, ¿qué proponen y en qué se diferencian los que claman por candidaturas “ciudadanas e independientes”, de las propuestas principales de los partidos o de líderes como López Obrador? Si un régimen político es, además de una forma de Estado, resultado de la correlación de fuerzas sociales y políticas, la conclusión no es difícil de imaginar: que los ciudadanos, fuera o dentro de los partidos, se organicen para convertirse en esa fuerza que pueda derrotar a la tecnocracia, su neoliberalismo y su dominación. No veo otra forma de construir las bases de un nuevo régimen político diferente y para beneficio de la sociedad mayoritaria si no asumimos, desde ahora, la toma del gobierno federal por manos distintas de las que lo han tenido desde 1982, es decir antineoliberales. Y esta toma del poder sólo será posible, pese a sus defectos, fortaleciendo a los partidos antineoliberales, participar dentro de ellos, exigir democracia en su interior, poner a los dirigentes que quiera la mayoría y evitar, en lo posible, que dichos dirigentes se conviertan en una nueva oligarquía (lo que no es fácil, pues no es lo mismo ser político de tiempo completo que el que se dedica a la política sólo en su tiempo libre).

Los partidos (con un verdadero líder o sin él) son, hasta ahora, los únicos que pueden aglutinar y cohesionar a la sociedad individualizada y convertirla en una fuerza capaz de tener en sus manos su propio destino. El 2012 ya está a la vuelta de la esquina, no lo desperdiciemos con banalidades anarquizantes que terminan en abrazos con el enemigo porque a éste no es necesario denostarlo (*Peace and Love*). Ante una sociedad atomizada, sea en millones de individuos o en miles de grupitos “sociales y ciudadanos”, los únicos que ganan son los que ya tienen el poder y la fuerza para imponerlo, pues les guste o no a los defensores de la ciudadanización de la política, el poder se ejerce y al poder político (el gobierno) se llega por elecciones o por una revolución armada que, por ahora, no parece estar en la agenda de nadie.

<http://rodriguezaraujo.unam.mx>